

la superioridad de las tropas europeas. La Dinamarca espera siempre el arreglo de la cuestion del Schlesvig, una parte del cual la correspondería con arreglo á los tratados, si se consultara el deseo de las poblaciones á quienes la Prusia no se apresura á llamar á votar sobre esta cuestion. En Suecia un nuevo rey ha subido al trono; el rey Carlos XV murió el 18 de Setiembre de 1872, dejando por sucesor á Oscar II, su hermano.

Los pueblos de raza latina han sido en estos últimos tiempos más vivamente agitados por los principios revolucionarios. Portugal, más tranquilo, pero debilitado por la influencia de los franc-masones que le gobiernan sin consultar y muchas veces contrariando sus tradiciones religiosas, teme á cada instante las consecuencias de las agitaciones de España. Ya hemos visto que la revolucion que hizo caer del trono á la reina Isabel fué una de las causas de la fatal guerra de 1870. Despues de haberse negado el príncipe de Hohenzollern á aceptar la corona de España, los jefes de la revolucion Prim, Topete, Sagasta, Zorrilla, Serrano, etc., dirigieron sus miradas al duque de Aosta, hijo del rey Víctor Manuel, el cual aceptó y tomó el nombre de Amadeo I (4 de Diciembre de 1870). Antes que el nuevo rey pisara el territorio español, el general Prim fué asesinado (30 de Diciembre), y Amadeo, que llegó algunos dias despues á Madrid, empezó así á reinar en medio de un luto oficial, causado por el crimen. No pudo considerarse ni un solo instante asegurado en el trono; la España católica rechazaba á la vez en Amadeo al extranjero y al hijo de un rey excomulgado; la España revolucionaria solamente queria servirse de él como de un instrumento que haria pedazos en el dia que así la conviniera, y bajo el nombre de Amadeo I reinaba en realidad la revolucion, con la anarquía provocada por las competencias de los diferentes partidos. En el mes de Abril de 1872, D. Carlos, heredero de las pretensiones del antiguo D. Carlos, competidor de Isabel II, declaró que tomaba las armas para salvar á su país del dominio del extranjero, de la anarquía y de la religion, y las provincias del Norte se pronunciaron en su favor.

Esta insurreccion, los sinsabores que experimentaba, los peligros que corria su vida, de-

terminaron al rey Amadeo á deponer una corona, de la cual solamente habia sentido las espinas. Abdicó el 11 de Febrero de 1873 y las Córtes proclamaron la República. La república española no vió más que ministerios que se sucedian unos á otros, la insubordinacion de las tropas, la anarquía en las provincias, la dislocacion del país, escenas que recordaron los horrores de la Commune de París, el desbordamiento de la irreligion y de la impiedad, y la impotencia en que se encontraba, ora de reprimir el desorden, ora de vencer á la insurreccion carlista, dueña de casi todo el Norte de España entre el Ebro y los Pirineos.

La Italia, desde la entrada de los piemonteses en Roma el 20 de Setiembre de 1870, no forma más que un solo reino; pero ninguno de los príncipes destronados ha renunciado á sus derechos, y el papa, confinado en el palacio del Vaticano, protesta contra las usurpaciones que han sido cometidas. Este reino, fundado sobre la injusticia, no se sostiene sino por una serie de medidas revolucionarias, que tarde ó temprano deben ser causa de su ruina. Se ha votado en favor del papa una ley llamada de las garantías, que no asegura sino irrisoriamente su libertad; se le ha votado un lista de tres millones de francos que no puede aceptar; un gran número de obispos han sido privados de las rentas de sus sillas; los conventos y monasterios han sido despojados en toda la Italia, y el 24 de Junio de 1873 otra ley de expoliacion ha hecho extensiva á los conventos y monasterios de Roma las medidas ya aplicadas en el resto de la península. Estos despojos no enriquecen al tesoro público, cuyo déficit aumenta todos los años, al mismo tiempo que el número de crímenes y que la corrupcion moral, sistemáticamente envalentonada por un gobierno sin principios. Sin embargo, cuanto más se desarrolla el mal, tanto más la parte sana de la nacion se esfuerza por obrar contra él; el gobierno usurpador conoce cada dia más que es siempre antipático al verdadero pueblo romano, y en toda la península se manifiesta un movimiento religioso, en el cual el gobierno no puede ver más que un movimiento hostil, porque él mismo es enemigo de esta Iglesia cuya libertad ha proclamado. El 25 de Junio de 1873 cayó el ministerio presidido por

Mr. Sauza, que habia entrado en Roma por la violencia y que habia cometido tantos atentados contra los derechos de la Santa Sede y de la Iglesia; el ministerio que le sucedió fué presidido por Mr. Minghetti, antiguo ministro de Pío IX en 1848 y que abiertamente violó los juramentos prestados al Soberano Pontífice. Por lo demas, los principales autores de la revolucion italiana desaparecen unos despues de otros, mientras que Pío IX ve prolongarse sus dias de una manera providencial: Mazzini murió en 1872; Ratazzi, que pasaba por el hombre de Estado más capaz, despues del conde de Cavour, murió en los primeros meses de 1873, en el momento mismo en que se jactaba de ver pronto la muerte del papa.

En América, la situacion apenas ha cambiado en estos últimos años. La confederacion de los países que pertenecen á Inglaterra en el Norte, formada bajo el nombre de *Dominion of Canada* (Potencia del Canadá), se fortifica poco á poco, no quedando unida á la madre patria más que por un débil lazo, y expuesta á formar parte algun dia de los Estados-Unidos. La gran república americana, que reeligió por presidente al general Grant, repara rápidamente las ruinas hechas por la guerra de sucesion, amenaza á Méjico, y acaba de mostrar una vez más la impotencia en que se encuentra la raza anglo-sajona, hecha protestante, de civilizar á las razas indígenas, exterminando la tribu india de los Medoes.

La raza española católica, á la que se echa en cara tantas crueldades y crímenes, ha dejado vivir estas razas, cuya mezcla con la sangre española y la conversion al catolicismo han formado nuevos pueblos, que han reconquistado su independencia y formado Estados considerables. Entre estos Estados, Méjico ocuparía el primer lugar, si no hubiera sido presa de continuas revoluciones, las últimas de las cuales fueron, como hemos visto, causa de la intervencion francesa y del funesto ensayo de la creacion de un imperio con Maximiliano. El presidente Juarez, que volvió al poder, no gozó mucho tiempo de su triunfo; murió el 8 de Julio de 1872, dejando por sucesor á Lerdo de Tejada.

Las repúblicas de la América central, Costa Rica, Guatemala, Honduras, Nicaragua, for-

man una confederacion que disfruta de una tranquilidad relativa. Méenos tranquilidad hay en la parte septentrional de la América del Sud, en donde se encuentran la república de los Estados-Unidos de Colombia (antes república federativa de la Nueva Granada) y las repúblicas del Ecuador y de Venezuela. Estos Estados están frecuentemente en guerra unos con otros y las doctrinas del liberalismo incrédulo suscitan allí algunas medidas atentatorias á los derechos de la Iglesia católica. Hay que exceptuar de estos Estados, más ó menos sometidos á la influencia de la franc-masonería, la república del Ecuador, cuyo presidente García Moreno, no temió enarbolar una política francamente católica; el gobierno del Ecuador fué el único que tuvo la honra de protestar oficialmente contra el atentado del 20 de Setiembre de 1870, que despojó al papa del resto de sus Estados. El Perú ha sido tambien agitado por discordias civiles, afortunadamente terminadas. El Chile, gobernado por un ministerio católico, hace cada dia nuevos progresos en la prosperidad material y moral. En cuanto á las repúblicas del Sud, la república Argentina, el Uruguay y el Paraguay, desembarazadas por fin de la larga guerra en que intervino el Brasil, se puede esperar que van á entrar en una era de tranquilidad y de prosperidad comercial.

El Brasil, que se extiende sobre la mitad de la América meridional, ha adquirido un nuevo prestigio en la guerra contra el Paraguay, que las victorias del conde de Eu, yerno y heredero presunto del emperador Don Pedro, han terminado por fin (1870); se ha honrado estableciendo la abolicion de la esclavitud, y el emperador Don Pedro mostró en su viaje á Europa (1872) que procuraba seriamente instruirse y que deseaba trabajar enérgicamente por la prosperidad de su imperio. Los recursos del Brasil son inmensos; pero los verdaderos progresos se hallan en él trabados por la franc-masonería, que domina en las grandes ciudades, y por el entorpecimiento en que por mucho tiempo ha vivido el clero indígena. Los esfuerzos del episcopado han puesto ya remedio á una parte del mal: los lazaristas y las hermanas de la caridad trabajan con celo en la regeneracion moral por la educacion de la juventud, y es de esperar que las persecuciones suscitadas por la franc-

masonería no harán más que acelerar el despertar religioso de esta nación, que continúa siendo profundamente católica.

El África, que ofrece un tan vasto campo á las empresas de los misioneros y comerciantes, parece siempre difícil de penetrar. Las colonias europeas están generalmente tranquilas y la insurrección argelina, que había terminado por tomar bastante grandes proporciones á causa del embarazo de Francia, fué completamente reprimido. Los Estados musulmanes están en paz, y en 1873 se consiguió del sultán de Zanzibar la supresión del tráfico de negros, y los valerosos viajeros, que procuran extender los conocimientos geográficos de los europeos, las relaciones comerciales y las doctrinas del Evangelio, continúan sus exploraciones á pesar de las dificultades y peligros que presentan. Entre estos viajeros merece especial mención el doctor Livingstone, en cuya suerte toda la Europa se interesa.

Al Asia está más completamente abierta á los europeos. Ocupa la en gran parte por tres imperios, cuyo centro está en Europa, la Rusia, la Turquía y la Inglaterra, presenta tres Estados independientes más importantes que los demás. El Japon experimentó en 1869 una revolución interior, en virtud de la cual el mikado, que no era más que el soberano espiritual, recobró el gobierno temporal de sus Estados, suprimiendo el poder del taicoun y rompiendo la semi-independencia de los príncipes llamados daimios; los europeos tienen el derecho de practicar allí públicamente su culto, y recientes medidas hacen esperar el fin de la persecución de que desde hace muchos años eran objeto los cristianos indígenas. La China deja libre la predicación del Evangelio; pero el estado de descomposición en que se halla este imperio, en donde reina siempre la guerra civil, es causa de cuando en cuando de algunos hechos, contra los cuales las potencias europeas se ven precisadas á protestar enérgicamente. La Persia, cuyo soberano acaba de visitar la Rusia, la Prusia, la Bélgica, la Inglaterra, la Francia, la Suiza, la Italia, el Austria y la Turquía (Agosto de 1873), parece en vísperas de entrar en una vía nueva de civilización y de progreso. el schah Nasser-ed-Din, que reina desde 1847, procura estar en buena armonía

con Rusia y con Inglaterra; algunas felices expediciones contra los turcomanos le han permitido extender hacia el Norte las fronteras de su imperio; ya ha introducido en sus Estados el telégrafo eléctrico y piensa introducir los caminos de hierro; una terrible hambre, que desoló la Persia en 1871, le impulsó á estudiar los medios que toman los europeos para atenuar los efectos de este azote, y la benévola protección que dispensa á las comunidades cristianas, especialmente á las comunidades católicas de sus Estados, revelan en él un soberano inteligente é instruido.

El concilio del Vaticano, interrumpido á causa de los sucesos, había, sin embargo, podido proveer á dos de las mayores necesidades de la sociedad cristiana: la fé y la unidad. Una Constitución había herido en su raíz á los más peligrosos errores del tiempo; otra segunda, relativa á la infalibilidad del Soberano Pontífice en materia de fé y de costumbres, á lo cual se llama infalibilidad doctrinal *ex-cathedra*, había restablecido la unidad de las inteligencias y vuelto á colocar en su verdadera base la autoridad de la Iglesia. Esta última Constitución, que hería directamente al galicanismo y á todos los errores de la misma naturaleza, causó una gran sacudida en los espíritus. La infalibilidad pontificia no era una verdad nueva; al elevarla á la altura de un dogma, el concilio no hacía más que declarar que era una verdad antigua, siempre reconocida en la Iglesia, y que había llegado el momento de proclamarla para poner fin á las divisiones que agitaban á las almas y que eran una causa funesta de debilidad. Los miembros del episcopado que más vivamente habían disputado la oportunidad de la definición de este dogma, se sometieron; lo mismo sucedió con la casi unanimidad del clero católico y de los fieles; pero el espíritu de revolución, favorecido por ciertos gobiernos, especialmente en Alemania, causó algunas deplorables defecciones. Los que no querían aceptar el dogma de la infalibilidad pontifical por razones de orgullo, y muchas veces por motivos más vergonzosos, pretendieron que había cambiado la fé de la Iglesia, y bajo el nombre de *viejos católicos* trataron de constituir una Iglesia separada. En realidad, los *viejos católicos* no eran más que *nuevos protestantes*; los

protestantes, en efecto, aclamaron su defección, los incrédulos y los libre-pensadores de todas clases la aplaudieron, y de este modo pudieron parecer bastante numerosos, á pesar de su excesivamente pequeño número.

En Francia hubo apenas algunos aislados escándalos, que solamente consiguieron hacer resaltar la admirable unión del episcopado, del clero y de los fieles con la Santa Sede. En Suiza, los sucesos tomaron un giro más grave á causa del espíritu tiránico de los gobernadores protestantes, á quienes secretamente excitaba el gobierno alemán, entrando en lucha abierta con el Soberano Pontífice y con la Iglesia católica. Allí se hicieron algunos reglamentos atentatorios á todos los derechos de la Iglesia y de los católicos, y se trabajó por establecer una especie de Constitución civil del clero. Monseñor Mermillod, obispo auxiliar de Ginebra, y nombrado por el papa vicario apostólico de este cantón, ha sido desterrado, despreciando todo derecho y hasta contra la Constitución misma del país; monseñor Lachat, obispo de Basilea, se vió precisado á refugiarse en el cantón de Lucerna, que forma parte de su diócesis, después de haber sido expulsado de Lausanna, en donde tenía su residencia habitual, y, á pesar de los tratados, los sacerdotes del Jura suizo se vieron privados de la libertad de su ministerio y reducidos á vivir de las limosnas que recogían por medio de suscripciones, al mismo tiempo que se confiaron á sacerdotes intrusos y cismáticos que no pertenecen más que á los católicos. Es esta una abierta persecución hecha en nombre de la libertad y de los pretendidos derechos del Estado; deshonor á la Suiza, que arroja á los más ilustres y venerables prelados y que acoge á los hombres más peligrosos para la sociedad, si bien al mismo tiempo hace resaltar la fé de las poblaciones, la constancia del clero y la firmeza del episcopado.

En Alemania, y especialmente en Prusia, es donde es más violenta la persecución. De Baviera había salido la más viva oposición á la obra del concilio y especialmente á la definición de la infalibilidad pontificia. El josefismo, sostenido por un profesor que en otro tiempo había vigorosamente combatido al protestantismo, el doctor Döllinger, pero á quien el orgullo y la vanidad habían extraviado desde hacia

algunos años, había conservado en este país una grande influencia y tuvo bastante para provocar un cisma, en el cual entraron algunos sacerdotes, pero que apenas tiene más partidarios que los libre-pensadores, que por cierto no son mejores cristianos desde que tomaron el título de viejos católicos. Inmediatamente después de sus victorias sobre Francia, la Prusia, que hasta entonces había tenido alguna consideración á los católicos, cuya sangre había tanto contribuido al triunfo de Alemania, se apresuró á servirse de este monumento cismático para hacer reinar por doquier las doctrinas del absolutismo del Estado. Se dijo en un principio que no se quería más que regular las relaciones entre la Iglesia y el Estado; después se anunció que el nuevo dogma cambiaba completamente estas relaciones y que por lo tanto era necesario tomar serias medidas contra las invasiones de la Santa Sede; finalmente, se favoreció de todas maneras á los viejos católicos á costa de los católicos verdaderos. El episcopado, el clero y los fieles no podían aceptar medidas contrarias á los derechos de la Iglesia, á los derechos de la conciencia cristiana y á sus derechos de ciudadanos; su resistencia irritó al gobierno, que entró entonces en la vía de la persecución. Algunos obispos fueron privados de las rentas de su obispado; el gran limosnero del ejército fué despojado de su jurisdicción. Se hizo que el Parlamento votara algunas leyes que proscribían á los jesuitas y á todas las órdenes que se decían afiliadas á la Compañía de Jesús, los redemptoristas, los lazaritas, hasta las damas del Sagrado Corazón, las hermanas de la Caridad y los Hermanos de las escuelas cristianas, y otras leyes vinieron á encadenar á la Iglesia y á dar completa facilidad á los apóstatas para libertarse de sus anatemas. Esta persecución, en que tomó parte el príncipe de Bismarck, ha privado ya al nuevo imperio de muchas simpatías, ha reanimado la energía de los católicos, hecho más estrecha la unión entre el episcopado y la Santa Sede y se prevé que el orgulloso vencedor vendrá, como tantos otros, á estrellarse contra esa roca, á la que Dios no permite que potencia alguna humana pueda quebrantar.

Estas resistencias al concilio se dejaron sentir hasta en Turquía, en donde se ha visto al

cisma dividir á los armenios católicos. Allí, como en otras partes, es una ínfima minoría la que se ha aprovechado del poder civil para satisfacer culpables ambiciones, y el patriarca de los armenios católicos, monseñor Hassoun, ha debido emprender el camino del destierro hasta que amanezcan mejores días. Estos días no hay duda que llegarán, porque el gobierno turco, en otro tiempo mejor inspirado, volverá á una política más sábia y porque la mayoría, que continúa siendo fiel, obtendrá justicia por su constancia y por su valor.

Esta definición del dogma de la infalibilidad pontifical, que tanto ha regocijado á los fieles, ha excitado en todas partes los furios de la impiedad y de la revolucion, que conocen muy bien su poder para el triunfo próximo de la unidad católica. Ella ha sido como la señal de una persecucion casi general, cuyo principal instrumento es la franc-masonería. El secreto de esta secta es hoy hartó conocido; se sabe que tiene por objeto principal destruir al catolicismo y sustituir con el hombre á Dios; se ve su mano y sus inspiraciones en todas partes, en España, en Portugal, en Italia, en Alemania, en Austria; se la vuelve á encontrar en las lejanas repúblicas de la América española, en esas repúblicas cuyos habitantes continúan siendo profundamente católicos, en donde excita á los gobiernos contra la Iglesia, provoca dificultades entre los obispos y el Estado y hasta consigue el destierro de muchos obispos. En el Brasil tiende á la expulsion de los lazaristas y de las hermanas de la caridad, que con tan buen éxito trabajan en la educacion de la infancia, y suscita mil dificultades á los obispos que con enérgica mano se han dedicado á la reforma del clero.

En todas partes la lucha es viva y encarnizada; las doctrinas revolucionarias, que bajo apariencias liberales no son en el fondo más que doctrinas de despotismo, se apoyan generalmente en los gobiernos y encuentran poderosos auxiliares en las pasiones, en la corrupcion de costumbres y en la ignorancia, que nunca ha sido tan general; tienen en su favor todo lo que es poderoso; pero tienen en contra de sí al poder de Dios que vela por su Iglesia; victoriosa naturalmente, serán sobrenaturalmente vencidas: tal es la esperanza de los fieles cristianos

y el presentimiento de los espíritus instruidos aun de aquellos que no han sido educados en la fé católica.

En Francia la lucha entre el bien y el mal es más ardiente que en ninguna otra parte, y se conoce que del resultado de esta lucha depende, no solamente la suerte de este país, sino tambien la de toda la sociedad cristiana; Francia, aún mutilada y vencida, se honra siendo el gran campo de batalla de las ideas y pasiones que agitan al mundo.

Después de la derrota de la Commune hubo un momento de sosiego, durante el cual el gobierno, de acuerdo con la Asamblea nacional, se consagró de una manera especial á cicatrizar las heridas de la patria y á evitar el regreso de semejantes calamidades. Una ley decretó la disolucion de las guardias nacionales, que muchas veces no fueron sino cómplices del desorden en las grandes ciudades; un tratado de aduanas, celebrado el 12 de Octubre de 1871 con la Prusia, permitió reducir á seis departamentos la ocupacion extranjera; la muerte del ministro del Interior Mr. Lambrecht, que habia sucedido á Mr. Picard, uno de los del 4 de Setiembre, vino á dar á Mr. Thiers ocasion para acentuar más fuertemente que hasta entonces lo habia hecho, una política de conservacion llamando á sucederle á Mr. Casimiro Perier, hijo del ilustre ministro de Luis Felipe, que en 1832 habia tenido la honra de contener la efervescencia revolucionaria y proteger enérgicamente el orden público (Octubre de 1871).

Así se pasó un año, durante el cual se trabajó seriamente en la reorganizacion de todas las administraciones públicas y especialmente en la reorganizacion del ejército, y se ocupó de la revision de los tratados de comercio. Los católicos sentian que los derechos del Soberano Pontífice, garantidos por la firma de Francia y por el convenio de Setiembre de 1864, no fueran tan firmemente reservados como era de esperar y que fuera un enviado cerca del rey Victor Manuel, en la misma Roma, en donde la Francia conservaba un embajador cerca de la Santa Sede; sin embargo, comprendian las dificultades que podian detener la buena voluntad del gobierno y tenian confianza en la Asamblea nacional, cuya mayoría era sinceramente adicta á la religion y al orden. Volviéndose hácia

Dios, de donde podia venir el socorro, empezaron entonces esas grandes manifestaciones religiosas, las peregrinaciones á Nuestra Señora de Lourdes, á Nuestra Señora de la Saleta, al Sagrado Corazon de Jesús, que pronto tomaron las proporciones de acontecimientos notables, y con doble celo se consagraron á todas las obras, conferencias de San Vicente de Paul, círculos católicos de obreros, juntas católicas, etc., que de la manera más eficaz pueden contribuir á la regeneracion moral y religiosa del país.

Sin embargo, la tranquilidad no era más que superficial, y se conocia que no sería segura sino cuando interviniera una solucion definitiva. El gobierno creyó llegado el momento de poner fin á la tregua de Burdeos y salir de lo provisional; acababa de obtener la evacuacion de dos nuevos departamentos, lo cual reducía á cuatro la ocupacion extranjera y de conseguir una gran victoria financiera en la conclusion de un empréstito de tres mil millones que habia sido cubierto más de cuarenta veces: M. Thiers, al reanudar las sesiones de la Asamblea en el mes de Noviembre de 1872, propuso sencillamente la cuestion del establecimiento de un gobierno definitivo, y se declaró en favor de la forma republicana, pidiendo se dictaran algunas leyes que constituyeran lo que él llamaba la república conservadora. Esta declaracion excitó una viva emocion; la mayor parte de los hombres de orden rechazaban la forma republicana como contraria á las tradiciones, al carácter y á los intereses del país; los hombres de desorden rechazaban igualmente la república conservadora, que no puede realizar sus designios, si bien se mostraban dispuestos á aceptarla provisionalmente como una etapa que conducía á la república de su eleccion. Vivos debates agitaron la Asamblea nacional; se terminó por nombrar una comision de treinta miembros encargada de examinar las proposiciones del gobierno, y al mismo tiempo de limitar la influencia que iba tomando M. Thiers interviniendo personalmente en los debates parlamentarios. De todas estas discusiones salió una especie de reglamento que embarazaba, en efecto, algun tanto al presidente de la república, y que pedia al gobierno la preparacion de ciertas leyes destinadas á

asegurar en lo sucesivo lo provisional actual sin abandonarlo de una manera completa.

Entonces tuvieron lugar en los departamentos del Sena, del Ródano, de las Bocas del Ródano, y en algunos otros, elecciones parciales que enviaron á la Asamblea nacional á hombres cuyo solo nombre era un justo motivo de susto para los amantes del orden. El gobierno de la república conservadora se habia evidentemente desbordado, y, lo que inquietaba más, parecia no comprender su derrota porque queria continuar una política que favorecia el proyecto de las doctrinas anárquicas y pretendia, contra el sentimiento de la mayoría, que la fundacion de la república era el único medio de salvar á la sociedad.

M. Thiers, para conseguir sus fines, modificó su ministerio, en el cual hizo entrar á Casimiro Perier, que habia salido de él en el año anterior porque no habia podido conseguir que la Asamblea nacional y el gobierno se establecieran en París. Al mismo tiempo salian de él M. de Goulard, que pertenecía á la derecha de la Asamblea, y M. Julio Simon de la izquierda, uno de los hombres del 4 de Setiembre, que habia sabido conservarse hasta entonces á la cabeza del ministerio de Instruccion pública (17 de Mayo de 1873). La crisis gubernamental se declaraba: algunas interpelaciones que durante dos días tuvieron inquieta á la opinion, terminaron con una votacion, en la cual M. Thiers fué derrotado por 14 votos. Presentó la dimision, y la Asamblea nacional nombró inmediatamente para sucederle al mariscal Mac-Mahon, cuyo solo nombre era una garantía de orden y de lealtad (24 de Mayo). Se notó que el ilustre mariscal llegaba así á ser el jefe del poder en el aniversario del mismo día en que el ejército francés habia entrado en París, en el aniversario del asesinato de los rehenes, y en el día de la fiesta de Nuestra Señora del Socorro, á la que todos los hombres de fé imploraban por la salvacion de Francia.

El mariscal Mac-Mahon formó un ministerio tomado de la derecha, del centro derecho de la Asamblea y de la fraccion del centro izquierdo, que en 24 de Mayo se habia unido á la mayoría. El duque de Broglie, que habia desempeñado un papel considerable en los últimos acontecimientos, fué nombrado vice-presi-

dente del Consejo y ministro de Negocios Extranjeros; los hombres de negocios vieron con el mayor placer confiada la cartera de Hacienda á M. Magne, antiguo ministro del imperio, mientras que M. Buffet continuaba presidiendo, despues de M. Grevy, la Asamblea nacional con una firmeza que era una prenda de más en favor del orden y de la buena conducta de las deliberaciones. Conocidos son los últimos acontecimientos. La calma se restableció súbitamente en los espíritus; los hombres de orden recobraron el ascendiente, y se entró en una era de confianza que permite esperar que el país llegara sin demasiado graves sacudidas al establecimiento de un gobierno definitivo. La mayoría de la Asamblea nacional ha pasado desde 14 votos hasta cerca de 150 en favor del nuevo gobierno; los que quisieran agitar al país sienten una mano firme que les obliga á respetar el orden y la ley, y el movimiento religioso, que se pronuncia cada vez más, es una nueva prenda del orden y de la paz. Al mismo tiempo el sentimiento patriótico ha sido satisfecho viendo la evacuacion de los últimos departamentos ocupados por el extranjero; esta evacuacion, felizmente preparada por el gobierno de M. Thiers, se realizó en todas partes con orden y se terminó completamente en el mes de Setiembre, y la Francia, siempre afligida por la pérdida de dos provincias, cuyas poblaciones le son profundamente adictas, pudo en los primeros dias del mes de Julio, recibir con fiestas dignas de ella al soberano de

la Persia, Nasser-ed-din-Chah, que admiró la maravillosa rapidez con que Francia salia de sus ruinas y reparaba sus pérdidas.

Grandes peligros han sido evitados; la tranquilidad ha vuelto á la superficie; pero el mal es todavía poderoso y sería imprudente dormirse en una falsa seguridad. El principio del mal, que aflije á las sociedades contemporáneas, procede del olvido de los derechos de Dios. Los que no se ciegan voluntariamente no pueden menos de reconocer que todo ha sido sacudido desde el dia en que el hombre quiso sacudir la ley de Dios, en donde las sociedades educadas por la Iglesia han renegado de la autoridad de su madre. La gran revolucion empezó en el siglo XVI con el protestantismo y ha sido completada por la revolucion de 1789, cuyas consecuencias se desarrollan ante nuestra vista; tocando estamos las últimas de estas consecuencias, que serán la ruina de toda sociedad y el regreso al estado salvaje ó al embrutecimiento general, si los pueblos no reconocen por fin que han sido engañados y que no se les ha dado con los falsos principios proclamados como eternas verdades más que miseria, guerras perpétuas, despotismo y la muerte. No hay hoy otro medio posible: ó la Iglesia católica ó la revolucion, y como con mucha razon se ha dicho: la revolucion, que ha empezado por la proclamacion de los derechos del hombre, no acabará sino con la proclamacion de los derechos de Dios.

FIN DE LA OBRA.

INDICE

DE LOS CAPITULOS CONTENIDOS EN ESTA OBRA

	PÁGS.		PÁGS.
Discurso sobre la Historia Universal....	5	Cap. XVIII.—Del comercio.....	164
Rudimentos.....	41	Cap. XIX.—GRECIA. Primeros habitantes.....	172
LIBRO PRIMERO			
<i>Desde la Creacion hasta la dispersion de los hombres.</i>			
Capítulo I.—Génesis.....	49	Cap. XX.—Primeras expediciones y organizacion civil de los griegos.....	176
Cap. II.—Antigüedad del mundo.....	51	LIBRO TERCERO	
Cap. III.—Unidad de la especie humana.....	63	<i>Desde la fundacion de Persia hasta la guerra de Italia.</i>	
Cap. IV.—Primeras sociedades.....	82	Capítulo I.—PERSIA. Tiempos oscuros.	189
Aclaraciones al libro I.....	89	Cap. II.—Ciro.....	195
LIBRO SEGUNDO			
<i>Desde la dispersion de los hombres hasta las Olimpiadas.</i>			
Capítulo I.—Asia.....	93	Cap. III.—Esparta y Mesenia.....	201
Cap. II.—Héroes ante-históricos.....	102	Cap. IV.—Atenas.—Solon.....	203
Cap. III.—Primeras monarquías.....	104	Cap. V.—Pisístrato.....	210
Cap. IV.—Instituciones babilónicas....	106	Cap. VI.—ESTADOS DE LA GRECIA. El Peloponeso.....	212
Cap. V.—LOS HEBREOS. Hebreos nómadas.....	111	Cap. VII.—Guerra médica.....	217
Cap. VI.—Instituciones mosaicas.....	114	Cap. VIII.—Supremacía de Atenas.....	224
Cap. VII.—República federativa.....	122	Cap. IX.—Guerra del Peloponeso.....	230
Cap. VIII.—Monarquía.....	124	Cap. X.—Esparta á la cabeza de la Grecia.....	239
Cap. IX.—Division del reino.....	128	Cap. XI.—Retirada de los diez mil... ..	244
Cap. X.—Artes y cultura de los Hebreos.....	132	Cap. XII.—Los Macedonios.....	249
Cap. XI.—INDIOS. Nociones generales... ..	142	Cap. XIII.—Alejandro Magno.....	259
Cap. XII.—EGIPTO. Fuentes históricas..	143	Cap. XIV.—El Lacio.....	269
Cap. XIII.—Tiempos antiquísimos.....	145	Cap. XV.—Los Galos.....	283
Cap. XIV.—Los Sesóstridas.....	149	Cap. XVI.—Guerras de Italia.....	285
Cap. XV.—Instituciones egipcias.....	151	Cap. XVII.—Cartago.....	288
Cap. XVI.—Ciencias de los primeros pueblos y especialmente de los egipcios.....	156	Cap. XVIII.—Primera guerra púnica..	298
Cap. XXVII.—FENICIOS. Historia é instituciones.....	160	Cap. XIX.—Segunda guerra púnica... ..	304
		Cap. XX.—Guerras de Roma en Europa y en Asia.....	312
		Cap. XXI.—Roma en el interior.....	318
		Cap. XXII.— Los Hebreos.....	323
		Cap. XXIII.—Tercera guerra púnica... ..	373
		Cap. XXIV.—CHINA. El país y sus habitantes.....	338
		Cap. XXV.—Tiempos antiguos.....	346